

CORRUPCION EN EL PALACIO DE JUSTICIA

Por Sergio Mejía Echavarría

— I —

No es la primera vez que la historia de la humanidad necesita, en la realidad o en la ficción, la sangre de un inocente para redimir al culpable. Los caminos que Dios señala son imprevisibles hasta el momento en el cual empezamos a recorrerlos.

Y en aquella ocasión el camino que lleva desde lo alto hasta la bóveda en donde duerme el ascensor en reposo, era el único que el inocente podía recorrer para salvar al pecador. Cuando el grito de aquella creatura rompió el silencio en los pasillos del Palacio de Justicia, la luz, una Luz ignorada, penetró en el alma del más esquivo e intrigante de los jueces.

¡Hacía falta la sangre del inocente!

¿Suicidio? ¿Accidente? Nada importa tanto como saber que ello fue la redención de aquel depravado hombre de justicia... ¡como hay tantos! Sinembargo, si Ugo Betti tuviese oportunidad de responder a esa inquietud quizá diría que fue un simple accidente. Nada más que un accidente.

— II —

Al morir Pirandello la nueva guerra estaba próxima. Dos años más y el tremendo cataclismo daría vuelta al mundo para colocarle frente a un nuevo horizonte. Esa es la verdad. Pero nadie podía adivinar las consecuencias de aquella crisis que apenas se insinuaba.

Hasta entonces Italia había hecho su teatro en torno de ese hombre. Veinticinco años de escena se habían agotado en su pluma. Nada importaba que otro le hubiesen precedido si su obra se viera acallada por la del siciliano; nada importaba que algunos intentaran elevarse... si luego volvían a hundirse. Pirandello, dominante, expresaba lo suyo con fuerza imponderable.

Ese Pirandello es, en cierto modo, producto de la primera guerra que entre angustias y dolores había enseñado lo propio aunque los hombres no aprendieron la lección. Pero el italiano no era el único. así la crítica le llamase "creador", "restaurador", "renovador"... Muchos otros, a su manera, querían entregar igual testimonio: la experiencia de aquel sangriento y largo instante de nuestra historia.

Al cabo de la primera postguerra se fue Pirandello. Tras de sí dejó una estela luminosa que predicaba su nombre. Aún lo predica. Y más allá, unos cuantos, jóvenes éstos, en plena madurez los otros, esperaban su oportunidad. Algunos la habían anunciado.

Uno de ellos era Ugo Betti. Había nacido en Camerino (Italia), ¡qué nombre más teatral!, en 1892, y tras de alterar el deporte con los estudios de Letras y Derecho se encontró, a sí mismo, jugando a ser escritor mientras cumplía con sus funciones de magistrado. Entretanto, variadas experiencias habían interrumpido el curso de sus días. Primero la mismísima guerra mundial del 14. no como testigo, simplemente, sino como "actor voluntario" en ella y después, la transformación de un mundo por otro, cuando la experiencia de la primera lucha no había sido suficiente para contener la segunda.

Al concluir ésta. Ugo Betti conoció esos nuevos horizontes y en poco tiempo dió fe de ellos: los expresó, como un día Pirandello expresó los de la primera. Y más aún, Betti, como no tuvo tiempo de hacerlo el siciliano, entrelazó varias épocas, mejor diría instantes de nuestro tiempo, para robar de ellos los temas de su juego como escritor.

Cuando llegó la segunda postguerra, la obra de Ugo Betti estaba escrita en su mayor parte. Pero como si fuese un profeta, mucha parte de ella escrita mientras el mundo ardía en la batalla, contiene la esencia que ha de llenar la literatura posterior. Allí se perfilan grandes problemas psicológicos; la angustia merodea por los rincones y la desesperanza (con un rayo de esperanza, en Betti)

arroja sus dardos enfurecidos en una lucha existencial, desigual e ignorada. En Betti, esa lucha se orienta al cabo de sus cuatro o cinco primeros ensayos teatrales y adquiere una valencia que no todos los críticos han sabido descubrir o apreciar. Para muchos solo cuenta el sexo, la pasión desenfrenada, aquel juego de lujuria y repulsión que palpita en sus personajes, sin buscar más allá. En ese más allá, está el Betti integral, impecable, grandioso. Más tarde lo encontraremos.

— III —

Corrupción en el Palacio de Justicia nos entrega el problema común de la justicia burlada. ¿Por quién? ¿Por los acusados? ¿Por los verdaderos culpables? ¿Por los jueces? Sí, por los jueces, las más de las veces, aunque parezca increíble. Nos lleva a cualquier lugar y nos sitúa directamente en una de las salas del Palacio de Justicia en donde un investigador (Erzi) buscará al “leproso” que ha infectado hasta los rincones de aquel recinto dejándose corromper por el acusado. La ciudad protesta por la desmoralización de sus magistrados, por la impúdica actitud de sus administradores de justicia y se hace eco de la frase dicha por el *archivero*: “Actualmente... (el Palacio) no huele demasiado bien; estoy seguro de que en alguna parte tiene que haber una rata muerta”.

Y en torno de esta situación, Ugo Betti teje con maestría sinigual toda la tupida red literaria, dramática y teatral que hace de *Corrupción*... una pieza ejemplar

En el principio, es un rudo planteamiento de situaciones. El dibujo de los jueces hecho con mano firme se refleja con rasgos sombríos sobre el lienzo que les contiene. Ese lienzo, para el caso, es el retazo de una vida, de “unas vidas”, pendientes del más leve signo para hallar la solución.

Como en todas las obras de Betti, en *Corrupción*... la acción es concentrada al máximo. Betti es el genio de la síntesis y la síntesis es en el italiano una columna fundamental de su estética. No está satisfecho con tomar acá o allá unas vidas y echarlas a rodar por el mundo, libres o amarradas, responsables o irresponsables. Para Betti cada momento y cada hecho tiene una causa y un responsable y cada hombre, o mujer, es responsable y por lo tanto causal en potencia. Y con esas fuerzas juega, divierte y tiraniza su teatro.

Nunca en Ugo Betti la acción se diluye. ¿Para qué? Entonces el hombre perdería su responsabilidad y la ac-

ción perdería sus valores. Por ello conserva al uno —hombre— y a lo otro —acción— en permanente comunión, aferrados a su destino común y libres del mundo que les rodea... por decirlo así. Cuando Betti planta un hecho en el devenir teatral, así sea el de *Corrupción*... parece que el resto del mundo desaparece. ¿En dónde está la ciudad que protesta? ¿En dónde los ciudadanos? Una breve pincelada los define y luego la intensidad de la síntesis les ahoga en el subconsciente. Recordaremos otra vez al ciudadano y a la ciudad que clama, cuando el final de la obra nos vuelve a la realidad inicial.

Solo al final recuperamos “nuestra libertad”. Betti esclaviza, subyuga, tiraniza: ya lo he dicho. Construye su obra sin piedad, sin concesiones de ninguna especie y en ello nace su grandeza.

Cada uno de sus personajes tiene vida propia. Independiente. De ahí surge la eterna pugna de caracteres; el choque de voluntades e intenciones que hacen posible la obra teatral. Y como en ningún otro caso, en Betti los personajes adquieren una proyección en el pasado y en futuro que les eleva en su comprensión humana y literaria.

La síntesis “bettiana” condiciona las sentencias. Por ello no sorprende escuchar de labios de uno u otro palabras como aquellas:

“Cuando se tiene la conciencia tranquila la luz no da miedo” (Maveri)

“El delito de los jueces consiste en parecerse un poco a sus conciudadanos” (Bata).

“Este Palacio de Justicia, en cierto modo, es el paraíso de los listos” (Cust).

“También el condenado a muerte, cuando duerme, es como un hombre libre” (Cust)

...y si cada una de estas frases, y tantas otras, tienen intrínsecamente un valor indiscutible, cuando el mundo y los seres que las condicionan llegan hasta nosotros, adquieren una trascendencia mayor.

Desde el primer momento Betti juega con las palabras y con los hechos para hacerse dueño de los espectadores o lectores. En *Corrupción*... juega con lo ignorado. ¿Quién es ese desconocido que desde el primer instante desconcierta por su habilidad, asombra por su firmeza y a todos interroga sin palabras? Betti es el mayor artifice de la intriga teatral. Muchas veces lo demuestra. Sabe recoger y extender los hilos con extraordinaria agilidad para

crear un clímax insuperable, para hacer aquellos crímenes indirectos de que habla Guerrero Zamora, y deslumbrar con su técnica.

Luego, exhibe a los personajes uno a uno con sus características pero rehuyendo la exposición. Es la acción misma la que tal expresa. Así Cust se nos muestra como el malabarista de las situaciones, nuevo arlequín que burla con el afán de servir las más tensas circunstancias, astuto cazador de beneficios que conmueve por su versatilidad, su flexibilidad y... su hipocresía. En cambio. Croz, es el hombre fuerte, recio, esencialmente viril. Quizá no esté libre del pecado... pero es el mismo pecado que sufren todos los jueces por su indolencia y debilidad de oficio. Y Vanan, dominante y dramático, ve caer sobre sí la pesada loza de una acusación que su edad no logra evadir hasta que la verdad es dicha; entonces una nueva verdad, el sacrificio de su hija le deja postrado.

Vanan y Croz son los personajes más íntegros de la pieza. Y Cust. Pero éste se escapa un tanto por la volubilidad que demuestra que a fin de cuentas no es sino parte de su "integridad". Erzi tiene toda la fuerza de un símbolo y Helena, la única alma pura que adorna la pieza, adquiere la de otro símbolo más trascendente y sobrehumano: el camino hacia Dios.

En esta frase "el camino hacia Dios" está ese *más allá* de que antes hablábamos. El Betti integral, impecable y grandioso. En esa frase lo encontramos. Porque Betti busca al hombre sin fe para decirle, en forma muy peculiar, con hombres sin fe, talvez, que algo tiene que justificar el ser y la existencia. Puede que los personajes de *Corrupción*... sean incrédulos, duden, se aferren al equívoco, pero por lo menos están en una verdad: saben que están en el error y lo admiten. Desde este momento el hombre está potencialmente inclinado a la verdad y al bien. Los personajes de Betti, son así: rebeldes, huraños, apasionados, aman a la vida y al placer... pero comprenden que sin Dios todo ello sería un absurdo. Y rechazan el absurdo. A esos personajes no les importa ser buenos o malos, pero sí les importa y admiten la culpa, el premio o el castigo, emanado de una fuerza superior, necesaria. De un "supremo revisor" que, como en *Corrupción*... adquiere, y gana el tercer lugar dentro del simbolismo "bettiano".

¿Quién es el culpable... el auténtico culpable de la corrupción que impera en el Palacio de Justicia? Cust. El

lo sabe, pero elude la responsabilidad y la hace recaer sobre los demás... ¡sobre Vanan! Cust es, si se quiere, el único pecador de aquel palacio. Los demás... ¿pueden llamarse culpables? No. ¿Entonces? El único que necesita redención es Cust, por ahora; y como tantas veces es la sangre inocente de Helena quien le redime. Tras su último pecado, la difamación de Vanan, Cust escucha el grito desgarrado de Helena al caer por el hueco del ascensor y entonces una luz, que le atemoriza a ratos, le invade poco a poco. Desesperado, clama cuando ve el cuerpo sin vida de la muchacha: "Tengo su sangre, aquí, sobre mi mano. No la he tocado, Malgai. No la he tocado!" Y el *archivero* le responde con una frase que bien dice de la responsabilidad compartida, de la responsabilidad de los unos en las acciones de los otros: "No le extrañe, señor juez. Lo he tocado yo. Y Ud. puede haberme tocado a mí, haberme rozado. O haber tocado a los demás. No hay nada extraño". Desde este momento la culpa acusa a Cust. Le corroe las entrañas.

Cuando llega el momento en el cual Cust y Cruz se debaten cruelmente en sus palabras, la suerte ya está echada. El camino señalado por Dios está a la vista. Cust empezó a recorrerlo, sin adivinarlo, desde el momento en que oyó el grito de la muchacha. Ya solo resta que el mismo Cruz se burle de él y sabiendo la verdad se la lleve más allá de la muerte, también, acusándose a sí mismo como autor de aquella corrupción... Cust, es declarado presidente. La justicia, una vez más, ha sido burlada. Pero el "revisor supremo" sabrá la verdad. Cust, abre la puerta y sube por una larga escalera que le conduce hasta él. Entonces el camino habrá terminado. Quizá en aquel momento el grito cesará en los oídos del culpable: aquel grito de la muchacha inocente, sacrificada para redimir al pecador.

— IV —

Así es *Corrupción en el Palacio de Justicia* y así es el teatro de Ugo Betti. Intenso, tenaz, rebelde y agitado. Expresionista y simbolista. Todo al mismo tiempo, en admirable síntesis. En él cabe la desesperanza y la angustia, pero más adelante están la esperanza y la fe llevando a su culminación uno de los más férvidos coloquios con el Creador que conozca la literatura contemporánea.